

Ya en el suplemento pasado, dimos comienzo a la transcripción de un extenso reportaje realizado por el poeta entrerriano Juan Laurentino Ortiz, de cuyo deceso se cumplieran diez años el pasado viernes dos del corriente.

Mencionamos que esta nota posee un valor fundamental dado que hasta el presente no había sido publicada por ningún medio gráfico no obstante de haber sido realizada en el año 1975. Al ser inédita además, o por sobre todo, brinda la posibilidad de volver a escuchar la voz, los silencios, las interrogaciones de uno de los poetas más lúcidos y más líricos de la poesía universal, traducido a muchas lenguas, leído y consultado por generaciones de escritores y amantes de la poesía.

Así, tal como era su propia obra, vagorosa, fluida y alada, las palabras de Juanele (1896-1978) van y vienen por una grabación que dura una hora y media y pareciera como si nunca hubiese empezado a hablar, sino como algo que —sabemos— navega infinitamente, intermitentemente, por los rjos de nuestro universo poético, que son los ríos de nuestros corazones.

Como información, cabe recordar que en la primera parte de la entrevista, Ortiz mencionó un inédito cuarto tomo de "En el aura del sauce", su obra total, que esperamos algún día sea publicada por quienes correspondan. Habló también sobre esa identidad cósmica que se establece entre los felinos y la rotación de las esferas celestes.

En esta segunda y última parte, Juanele refiere a Mario Alarcón Muñoz, quien realzara la entrevista, la supuesta diferencia entre poesía popular y poesía culta. Asimismo recuerda su paso adolescente por la Metrópoli y los paisajes que lo comenzaron a habitar desde su Gualaguay natal. (Página dos).



JUAN L. ORTIZ

**"La necesidad de
comunicación es
como la necesidad
de verse en un espejo"**

Jorge Cumbo-Miguel Angel Estrella esta tarde en San Carlos: un recital para toda la memoria

Sin dudas que el recital que tendrá lugar esta tarde en la explanada del Castillo de San Carlos (13.30) concitará la atención de un vasto sector dada la magnitud interpretativa y creativa de sus dos integrantes: Jorge Cumbo y Miguel Angel Estrella.

Tanto uno como el otro constituyen en estos momentos una prueba acabada no solamente de afiatamiento —en cuanto a nivel de ejecución— sino por sobre todo en cuanto a la calidez y a una sentida transmisión de la espiritualidad musical, desde el punto de vista de la interpretación y la creación.

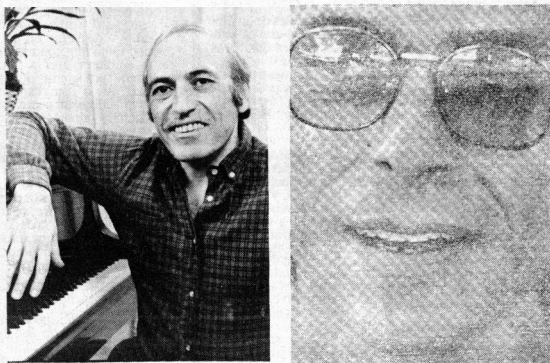
Con relación al pianista tucumano, reconocido y galardonado en muchos países por su calidad musical y por su coherencia de pensamiento, ya hemos hecho mención en la edición de ayer de Diario "CONCORDIA". Respecto a Jorge Cumbo podemos afirmar que con una larga trayectoria en la creación, arreglos e interpretación de repertorios folklóricos, inicia a mediados del pasado año su actividad solista con el espectáculo "Aerófonos y computadoras" donde une sus instrumentos de viento y sonidos producidos por las técnicas más modernas en computación musical.

Jorge Cumbo se destaca por la combinación altamente creativa que realiza entre instrumentos sencillos y tradicionales (quenás, sikuris, etc.) con medios electrónicos y de exquisita tecnificación.

Ahora bien, tal como apunta la crítica musical, esta integración resulta natural, dado que —como quenista— su ejecución no es tradicional y como tecladista busca con secuencias. Por otra parte, Cumbo escapa a otros de los clichés habituales de los tecladistas al no insistir en un criterio imitativo de los sintetizadores, sino que estos cumplen la función de medios y no de fines.

"Un virtuoso de la quena y de la antara" —afirma Sibila Campos, en Clarín— que sabe explorar las riquezas sonoras de otros instrumentos, fundamentalmente los electrónicos. Compositor y arreglador, solista y acompañante al mismo tiempo, Jorge Cumbo produce en sus recitales una obra de autor, donde la impronta está fundamentalmente en la alquimia entre la máquina y la caña.

Todo un símbolo —y una prueba— de que la convivencia entre máquina y quena es posible cuando el creador tiene en claro lo que desea expresar y, para hacerlo, parte de su propio contexto.



Estrella-Cumbo

APUNTES CRITICOS

La política cultural y los escritores

— Por Carlos O. Antognazzi —

El escritor es probablemente el hombre que más necesita de la libertad. No libertad utópica, sino libertad moral, libertad creativa. El escritor es el que requiere de mayor imaginación, el que se basa exclusivamente en la imaginación. El que miente para decir una verdad. El que testimonia su tiempo a través de la mentira. Dice Vargas Llosa que "la verdad literaria es una y otra la verdad histórica."

Pero, aunque esté repleta de mentiras —o, más bien, por ello mismo— la literatura cuenta la historia que la historia que escriben los historiadores no sabe ni puede contar. Porque la literatura no miente gratuitamente. Sus fraudes, embudos, exageraciones, sirven para expresar verdades profundas e inquietantes que sólo de esta manera sesgada ven la luz.

Esta es una de las aparentes contradicciones de la literatura: la de mentir en forma sistemática para mostrar la verdad y la realidad del mundo, para mostrar los problemas del hombre. La de testimoniar la verdad a través de la mentira. Ningún historiador describió mejor el problema del totalitarismo y del hombre contemporáneo que Kafka y sus novelas.

El escritor es un eterno buscador que se busca a sí

mismo a través de la palabra. No puede hacer otra cosa, no sabe hacer otra cosa y no quiere hacer otra cosa. Su vida es esa: escribir para no morir y para trascender más allá de la inevitabilidad de la muerte. El escritor es justamente aquel que crea para no morir luego de fallecido: crea para permanecer en los demás. De allí la importancia del libro.

Este deseo de perdurar es netamente egoísta, privado y esperanzado. Egoísta porque no posibilita que otros permanezcan como él; sólo él mismo desea permanecer, incólume a través del tiempo, en los demás. El escritor se sirve de los demás para no morir. Privado, porque solamente él lo puede hacer y nadie más. Su tarea es netamente individual. Y esperanzado, porque no tiene la seguridad de esa aparente inmortalidad; sólo posee la esperanza de no ser olvidado.

El escritor es un ser que sufre ante las circunstancias del mundo y de sí mismo. Es un ser que se debate permanentemente, que se desgarró ante su propia creación. Existe una dualidad en la creación literaria o en la creación artística en general. Por un lado, y en pri-

mer lugar, aparece el aspecto individual, egoísta, cártico, privado.

El escritor es un ser que crea para sí mismo. Todo artista crea para sí mismo, para equilibrarse a sí mismo dentro del contexto en que se debate. Pero el escritor es un ser social, y toda esa inevitable carga privada que él vuelca en su trabajo debe forzosamente compatibilizarse con los códigos sociales. No puede hablarse del "escritor" sin referirse al mismo tiempo al "lector". Lo dice Octavio Paz en su maravilloso ensayo El arco y la lira: "El lenguaje es, por naturaleza, diálogo. El lenguaje es social y siempre implica, por lo menos, dos: el que habla y el que oye". Escritor y lector se implican, no existe uno sin el otro. Es allí donde aparece el segundo paso creativo, donde aparece realmente el trabajo del escritor. Porque se puede hablar mucho de la intuición, de la inspiración, pero hay que ser al mismo tiempo consciente de que todos y cada uno de esos elementos en forma aislada, en sí mismos, no sirven para nada y no hacen una "obra" literaria.

(Sigue en página 3).

PaRa.Na. CLASIFICADA

R.L. TORRES

ACROPOLIS

LA SAISON

MANAOS

REYEN'S

SU DERECHO PRIVA

MANHATTAN

CAFE-SEX

RESIDENCIAS

LA PICAZON

CUENTOS

ediciones "FRAY MOCHO"

KARINOS

TAPA H. VIEYI

Hipólito Vieytes y Ramón Luis Torres en Artes Visuales

Informa la Dirección Municipal de Cultura que la exposición del artista plástico Hipólito Vieytes se inaugurará, en Artes Visuales, como es habitual— el próximo lunes 10 de octubre a las 20.30.

La muestra comprenderá grabados y pasteles de su última producción, de las que —conjuntamente con la Subsecretaría de Cultura de la provincia— donará dos obras al Fondo Patrimonial Museo de Artes Visuales.

Simultáneamente a la inauguración de la muestra de este destacado artista plástico paranaense, será presentado el último volumen de cuentos de Ramón Luis Torres, "La picazón", que se editará este año bajo el sello "Ediciones Fray Mocho".

Torres es autor de las siguientes obras:

"Los rostros y otros cuentos (Premio Fray Mocho 1969), "Contra Reloj" (novela, premio Fondo Nacional de las Artes, 1972), "Evolución de la literatura nacional" (ensayo), "Memorias sobre la marcha" (poemas), y "Las patas de la estatua" (cuentos, premio Fray Mocho, 1983).

La presentación de "La picazón" estará a cargo del escritor local Francisco Tomat-Guido, (la foto superior es la reproducción de la portada del volumen de cuentos mencionados; el dibujo inferior, ilustración de Vieytes para el mismo volumen).

CIRCUS

EROTE



—Juan, usted ha publicado desde hace cuarenta años; está considerado como de un primer nivel entre los líricos de habla hispana, ha sido traducido a varios idiomas como decíamos recién, y todo esto desde Entre Ríos. Fíjese que en la Argentina es común, no sé si en otros países así será, que para triunfar —llamémosle así— o para tener difusión de lo que uno realiza, lo que uno crea, hay que vivir en una gran capital, cerca de los grandes medios de comunicación, de los grandes salones, del ornato, y de todo ese mundo que se mueve en torno de la literatura. Usted lo ha hecho desde Paraná, o a partir de Gualeguay. ¿Por qué no se fue usted, en algún momento de su vida, a Buenos Aires?

—Vivi allí, en la adolescencia y conocí y frecuenté a Manuel Ugarte en esa casa de la calle Rincón, pero no me atrajo, a pesar de... el estímulo que recibí de él.

—Mi tiempo en Buenos Aires fue empleado o consumido en los libros que podía tener él de la Biblioteca Municipal y... y también, si cabe, como diríamos, conversando con amigos lectores que encontraba en la biblioteca y con quienes salía a caminar".

"Pero luego de esa experiencia porteña, que para mí significó un contacto con cierto ambiente social —me refiero a los grupos de la izquierda que entonces ya actuaban—, y que me permitió conocer a mucha gente que yo admiraba por su vida y que sé yo... fuera de eso, Buenos Aires no me atrajo, y como tenía una gran nostalgia por Entre Ríos, en cuanto pude volví. Ahora, siempre recuerdo una cosa de Antonio Machado, respecto de esto, que la vida en provincia, sobre todo para un poeta, es un poco difícil, en el sentido del intercambio, de la comunicación (en cuanto a las experiencias), con otros amigos... pero que a la vez esa vida es la piedra de toque de la verdadera vocación, en este sentido: de que como uno no tiene con quien intercambiar o comunicar, se remite uno a la respuesta, muy ilusoria, pero que puede ser significativa, del ambiente, las cosas, los árboles, el río, con los que uno no tiene problemas en comunicarse.

"La necesidad de comunicación es como la necesidad de alternar, es como la necesidad de verse —con la carga de vanidad que tiene eso, ¿no? —muy inocente y muy imprescindible— de verse en un espejo. Es decir que uno tiene que contrastar lo que uno hace con la opinión con la impresión de otro. Si se puede prescindir de eso y remitirse nada más que a esa respuesta que pueden darle —ya le digo, un poquito, vaga, pero que puede ser muy importante—, las cosas o el ambiente, entonces esa vocación, esa orientación, está a salvo de muchas cosas.

"Yo no lo sabía. Pero después comprobé que desde las primeras cosas mías estaba la mención del infinito. Antonio Machado dice que justamente esta contrastación con el infinito es la piedra de toque de una vocación fuerte... No podría decir lo mismo respecto de mí, pero sí fue una experiencia que yo tuve: no sentí la necesidad de verme en ese espejo amical y cómplice, diremos, en cierto modo... Sentí que lo que yo hacía debía ser hecho, y que de acuerdo a la experiencia que yo podía tener, en otro sentido, por las lecturas... este... podía prescindir de esa comunicación o de ese intercambio con otra gente.

"Sentí que lo que yo podía hacer era lo que íntimamente, siendo fiel a mí mismo, yo hacía. Me di cuenta de que el juicio de los camaradas era muy relativo porque dependía de muchas cosas... ¿sabe?... de la estética, la sensibilidad del momento, llamémosle gusto, si se quiere, los prejuicios estéticos, o líricos, en este caso. Sentí eso: que todo era muy relativo porque yo veía que pasaba un escritor que era famoso, pero que a las vueltas del tiempo, dentro de dos o tres años, era olvidado...

"Bueno, eso no me importó mucho, porque lo que me importaba era ser fiel a mí mismo. Y sobre todo conociendo ya algo de la poesía universal, no digo todo, sino algo. Conocía más o menos algo de lo que ya se había hecho, la poesía popular, y sobre todo la poesía, yo no diría "culta" ni "popular" porque no creo en esa distinción que había sobrevivido y que todavía parecía en algunas antologías, de todas partes del mundo, y de todas las épocas, que yo conocía más o menos. Después he ido un poco ahondando este conocimiento... pero me interesó mucho el Oriente, eso sí, ahí yo encuentro cierta afinidad, ¿me entiende?

"Yo conocí, por ejemplo, antes de citar a Darío a Li-Po, del siglo VIII, de la Dinastía T'Ang. Yo conocía eso ya traducido no recuerdo por quién, y lo mismo de otros poetas, de Tu-Fu, en fin... y de la India también a través, eso sí, de Tagore quien gracias al Premio Nobel, en 1916, hizo conocer bastante la poesía de Bengala, ¿no?, del oriente de la India, que es una poesía de primer orden... Después vino la poesía de África y luego la poesía preco-

Entrevista inédita a Juan L. Ortiz (II) y "El pueblo canta en"

Por Mario Alarcón Muñiz

lombina, que para mí fue la cosa más sorprendente, ¿no?... la poesía que tenemos aquí a pocas leguas... en el norte de la Mesopotamia —la guaraníca— y luego desde el norte del país. "Una poesía obviamente oral, toda, pero que era... era actuante, operante, ¿no?, porque la vida de ellos se desarrollaba con las ceremonias, y donde traducían en sus cantos a los mejores poetas que tenían en la tribu... Por ahí, me parece que en "La rama dorada", hay unas cosas sobre "los signos del fuego", que fue una de las primeras cosas que yo conocí de la poesía guaraní, que me maravillaron... Es decir, me interesó la poesía por lo que significaba poesía. Y me interesó porque lo que yo podía hacer tenía que ser siempre relativo, porque ante esos ejemplos de una poesía tan lograda, lo que yo podía hacer era insignificante; pero sentía que siendo fiel a mí mismo podía dar alguna nota como la da... diremos así... la flor más perdida o más humilde de cualquier lugar... así, ¿me entiende? Bueno... no me interesó nunca la vida literaria de Buenos Aires, muy pesar mío.

"Usted sabe que en 1914, estando yo allí, Salvadora Medina, la mujer de Botana, escribió una nota sobre mí muy simpática, en fin. Pero aún eso, y teniendo a Mamiel Ugarte, me sentí la necesidad de hacer lo que llamaríamos "vida literaria" y eso que existía todavía y existe aún hoy el "Café de los Inmortales", en la calle Corrientes. Y de Gualeguay estaba allí Juan Cruz Miguens, que tiene "Cuentos de colores", hermosísimo libro, y que trabajaba en "La Prensa" cuando Enrique Banchs era ascensorista de ese diario, con un sueldo de 30 pesos, y aún cuando ya habiendo publicado "Las barcas", es decir con una vida de lo más digna que puede darse —como Mastrorandi— en Buenos Aires, donde prima, como quien dice, la "moral del codazo"... Bueno... había un gran movimiento anarquista, que estaba en auge... pero no me atrajo como dije, y terminé los contactos con mucha gente que era colaboradora de "La Protesta", el diario anarquista, que eran escritores de primer orden... pero todo ese mundo literario, no me atraía... como dije.

—Pero a pesar de todo eso, su trayectoria ha obligado actualmente a que gente de Buenos Aires viajara a Paraná para conversar con Juanele Ortiz...

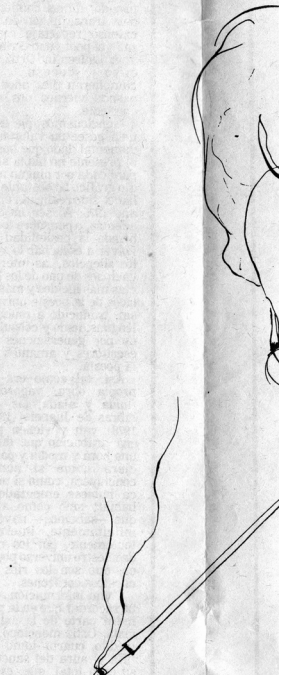
—Sí, es cierto, continuamente vienen de Buenos Aires y de otros lugares... que me sorprende y... no puedo menos que recibirlos con mucha simpatía y agradecimiento... pero, sabe... no deja a veces, a veces de... ponerme un poquito nervioso...

—Por qué?

—Porque resulta que el tiempo, para mí, es cada vez más precioso, ¿me entiende?, porque está un cerquita del hoy y tiene que... por lo menos... dar su voz, igual que todas las cosas que nacen para dar lo que tienen que dar, como esas florcitas, usted habrá visto, que tienen unos pétalos de miniatura, que sólo sobresale, no su perfume sino su colorcito... Bueno, ellas viven un día o dos y luego marchitan, pero en esos días dejan su alma, más que su voz o su perfume... En fin... Casi que lo que yo he hecho ha sido en cierto modo autobiográfico no confidencial. No me ha atraído eso que marcó ciertos rumbos, a pesar de que los he admirado mucho, de la época de Oliverio Girondo, todo eso que era muy importante como renovación en la expresión poética, la ruptura de cánones y de otra manera de hacer poesía... pero no me atrajo y yo seguí como el grillito ese que Dale que Dale con su "solo", sobre el filo de Dale que Dale estación... ¿no?, que apenas se siente...

"Yo, con el tiempo comprendí —aunque en ese momento no tuve conciencia— de que eso me había salvado, ¿no?, en ese sentido, porque no impugno de ninguna manera la comunicación, el intercambio, lo que se llama todo eso de "estrategia literaria", ¿no? Valeríe mismo tiene un ensayo de la función de las escuelas, de los grupos literarios, que tienen su función. Ahora, para un poeta de provincia, como dice Antonio Machado, que no tiene más que el infinito, para mirarse, sí cabe, con el infinito, ese intercambio, ese reflejo en otros aspectos es prescindible, ¿me entiende?, puede perfectamente pasarse sin él.

—Juanele, dentro de las cosas importantes que usted ha dicho en esta entrevista, mencionó que no cree en la diferencia de poesía culta y poesía popular. Quisiera que sobre el final de la nota me hable usted de eso.



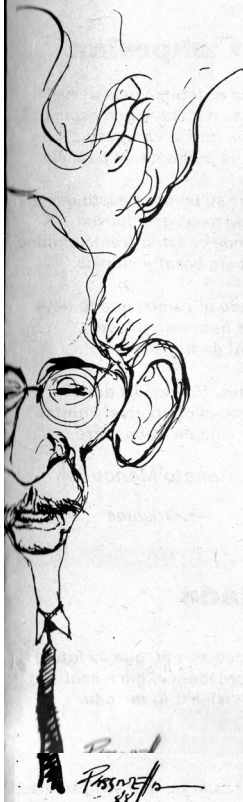
—A veces la poesía popular es poesía culta tomada por el pueblo y rehecha ¿no?, esa es una de las paradojas del folklore. A veces así, en las culturas muy evolucionadas pasar al pueblo ciertas cosas que son de las clases más avanzadas, diríamos así, más alertas (más concienzudas, bueno, pasan al pueblo pero éste a su vez las recrea).

"Uno de los aspectos del folklore eso otro cosa es que la poesía popular funciona, diremos así, en esencia, si cabe hablar, con é mismo resorte; o responde a las mismas determinaciones que la poesía culta. En este sentido: que el poeta culto, por más conocido que sea, tiene que remitirse, tiene que olvidar, en el momento en que siente la necesidad de escribir, de todo lo que sabe y remitirse a eso... y eso a lo que se remite él, es, en cierto nivel, apenas más conciente que lo que hace el pueblo allí, si cabe, en otro nivel, ¡ins tintivamente!

"Yo diría que esta diferencia es la propia diferencia entre la poesía de los niños, que es maravillosa y genial a veces, con la poesía de adulto. Los chicos tienen un modo de asociación y de invención idiomática, a veces tan sorprendente como la de los poetas más revolucionarios, en el sentido éso del idioma ¿no?... Ahora, el poeta tiene que olvidarse. El decir que el poeta se coloca, por más culto que sea, en la misma tesitura del poeta inocente que no sabe nada, que solamente canta por que, como dice por ahí el Martín Fierro, que se encuentra solo, o... para responder a la soledad o a cierto pavor o sorpresa, que lo rodea... El pueblo siente eso, y entonces canta en la soledad.

"Yo he escuchado esos cantos de la Quebrada de Humahuaca, que han sido recogidos por Leda Valladares, y hablando con ella nos hemos preguntado cómo han nacido esos cantos... pero hay una evidencia ahí hispánica, que no se puede negar, en cierto modo. Pero hay otra más profunda todavía de una tradición oral que viene del aymará o de

(Inal) "su soledad"



quechua... que está, que opera y que en el momento ése del canto, sale, sin que ellos se den cuenta, a veces sorprendiéndolos a ellos mismos. Y bueno, ahí está algo del inconciente colectivo o los estratos fundamentales del hombre que en determinado momento por el amor, la sorpresa o el azoramiento, salen a la luz con los mismos impulsos del poeta que se llama "culto". En ese sentido, el nivel creativo tiene muchos puntos de contacto; igual que la del místico con el poeta, que tiene que olvidarse de toda teología, de toda doctrina, porque en ese momento está comunicándose con el Dios. Como en el caso de los místicos cristianos, que han sido geniales y que justamente tenían eso del hombre primitivo, que nosotros decimos, peyorativamente, "ignorante", pero justamente, a favor de esa ignorancia, que no tenían inhibiciones, como eso que está en todos salta. Ahí está la paradoja de la cultura, tal como lo dice Levi-Strauss.

Y si no ¿cómo aparecería la poesía popular, cómo aparecería? En África, los pigmeos tienen una poesía de primer orden, sencillamente sorprendente... y ni que hablar, por ejemplo, de la poesía quechua, que es anterior a la incaica, o la maya y la azteca, aún contrastándola con la más antigua poesía oral de China, que ha recopilado Confucio... aún por más que uno al escribir asuma su conciencia individual, porque no hay que considerar la conciencia como un absoluto, porque hay cosas que están por encima de ella, por encima de la inteligencia, digo.

Pueblos que no tuvieron una cultura basada en la escritura, que sus tradiciones y sus conocimientos se transmitían oralmente han dejado una poesía y un arte elevadísimo, lo cual nos indica que hay cosas, en el sentido de la creación, que son paralelas, pero que no se oponen, que da por un lado lo académico (que tiene cierta sanción, se apoya en una tradición) y por el otro, lo llamado "popular", profundo y remitido, diremos así, al ángel o al demonio.

Política cultural... La escritura y el compromiso

(Viene de tapa)

Porque si "literatura" fuese solamente imaginar cosas o relatar lo que pasa todos los días, el trabajo sería tan fácil que el mundo estaría lleno de escritores y no de "escribidores"; como ocurre en realidad. Porque la literatura es fundamentalmente trabajo. Y el trabajo aparece en este segundo paso creativo. La literatura es una labor consciente, es elaboración, corrección, reescritura. No hay soluciones mágicas, no hay varitas mágicas.

El escritor es un ser que sufre, no tanto por una cuestión de corte existencialista o de corte filosófico, sino por cuestiones mucho más sencillas y cercanas: porque no puede publicar con facilidad, porque su trabajo no es interpretado como tal. El trabajo del artista en general y del escritor en particular es uno de los trabajos menos remunerados que existe. El escritor es un ser que sufre porque es presionado permanentemente por las circunstancias. Al escritor siempre se le ha exigido un compromiso político con tal o cual facción, y los que lo exigen no comprenden (o parecerían no comprender) que el único compromiso válido para un escritor es para consigo mismo y para con la literatura.

Lo más importante en un escritor es la honestidad. La honestidad con su tiempo, con su obra y consigo mismo. No importa que es lo que se escriba, el compromiso del que escribe está por sobre los avatares ideológicos. Si hay ideología en última instancia habría que hablar de "ideología literaria" y nada más. Y el único compromiso total, que va más allá de las ideologías y de las posturas políticas, es el compromiso con el hombre.

No hay categorías en la literatura; o es o no es, o es buena o es mala. Y en cualquiera de éstas dos formas pueden entrar literaturas de "izquierda", de "derecha" o de "centro" sin que por ello cambie la calidad. No importa la tendencia; en literatura importa que lo escrito sea literatura. Y a esto ya lo dice un hombre "de izquierda" como es el mexicano Carlos Fuentes: "La literatura mexicana será buena por ser literatura no por ser mexicana". Y esto es así en México, en Argentina y en cualquier otro país del mundo, porque aquí se está hablando de escritores, no de "gente que escribe", no de "escribidores". Aquí se está hablando de gente que trabaja escribiendo.

Generalmente se lo recuerda en dos momentos del año: en el día del escritor y del libro, y durante las dos semanas de abril en que tiene lugar la Feria Internacional del Libro, del Autor al Lector, en Buenos Aires.

Antes y después en la gran mayoría de los casos el escritor no existe. Esto da que pensar, porque en la Argentina el escritor es un ser que pese a hacer cultura permanentemente en su trabajo diario no es consultado por los políticos de la cultura y así es como se toman decisiones que los implican y que en lugar de ayudarlos les dificulta la tarea. Da que pensar porque su trabajo no es debidamente remunerado cuando se le pide su participación. (Para citar casos concretos: no se abonan las charlas, no se abona su participación a los integrantes de paneles, en algunos diarios no se abonan los artículos que se publican, no se les abona un sueldo a los coordinadores de talleres literarios, no se les abona a los jurados de los certámenes literarios...). Pero a nadie se le ocurriría pedir sugerencias técnicas a un albañil para construir una casa y luego palmearle el hombro y no pagarle.

Esto ocurre así porque en la Argentina se carece del concepto de escritor "profesional". En nuestro país el escritor es un ser que, cuando se le pregunta por su oficio, debe contestar "periodista" o cualquier otra cosa, menos "escritor", con tal de evitar la sonrisa irónica del que preguntó. Pero a nadie se le ocurriría pensar en que al preguntarle a un abogado (o a un político) por su profesión él conteste "jardinería".

La falta de una concepción clara sobre lo que es (y lo que significa cultural y socialmente) un escritor y su trabajo, en este país y en tantos otros, ha ocasionado una serie de problemas. Al escritor se le exige todo, dar charlas, coordinar talleres, ser jurado, escribir notas... Pero es curioso observar que paralelamente a esas exigencias que son de todo tipo y que son también válidas (porque aquí no se critica la exigencia en sí, sino la falta de correspondencia entre lo que se pide y lo que se da a cambio) que ante tales exigencias la Biblioteca Nacional sea un proyecto que tiene ya 25 años de antigüedad y que hoy sea un mamotrete de cemento inutilizable, incluso si se lo llegara a terminar de construir, pues las necesidades que hoy requiere una biblioteca de tal magnitud ya no serían satisfechas por ese edificio. Sorprende que ante todas esas exigencias la Ley del Libro sea un ave Fénix que año tras año, también, indefectiblemente, muere al terminar la feria para volver a renacer al año siguiente.

(Hace años que en la Argentina se habla de crear la Ley del Libro por la cual los escritores se puedan sentir respaldados en sus reclamos y por la cual se puedan sentir apoyados frente a los problemas editoriales y legales. Pero la Ley del Libro no existe. Y hace sólo tres o cuatro días salió a la luz una información que notificaba que ahora se la va a presentar al Congreso para



Carlos O. Antognazzi, el joven narrador santafesino que estuvo hace unos meses en Concordia donde se presentará su obra "Ciudad".

que se la estudie. Habrá que esperar entonces a que el Congreso la apruebe o la rechace. Sorprende que el Fondo Editorial de la provincia de Santa Fe haya sido anulado con la llegada del gobierno democrático cuando se editaron libros durante todo el proceso militar del último gobierno).

Al escritor se le exige una cantidad de cosas muy lógicas, pero no se comprende la profunda desazón que llega cuando luego de una vida de trabajo el escritor se encuentra sin la debida "jubilación". Porque a nadie se le ocurriría pensar en otorgarle una bonificación mensual luego de una vida dedicada a las letras. Y si esto es así, reitero, es porque se carece en nuestro país del concepto de escritor profesional.

Sin embargo hay una luzcita de esperanza que apareció en Entre Ríos y en Jujuy: allí el gobierno de la provincia ha decidido por ley otorgar una "jubilación" a todos aquellos escritores provinciales que se hayan destacado en las letras, vivan o no actualmente allí. Este hecho inédito es una realidad para los jóvenes y es una esperanza para los que vivimos en otras provincias. Y, fundamentalmente, es algo que está a la altura de las exigencias. Y aquí en Santa Fe la Municipalidad organiza un certamen literario para novelas en donde el premio intenta cubrir justamente las necesidades básicas del escritor: dinero y la publicación del libro. Estas son medidas elogiadas.

El trabajo del escritor siempre ha sido mal remunerado. En Alemania la ley establece un pago del 30% del precio de tapa de los libros para el autor. Es un porcentaje irrisorio. Pero felices estaríamos aquí en Argentina con el mismo porcentaje, porque la ley nacional establece como pago sólo el 10%, y en algunos casos, el 6% o el 7%. Eso cuando se le paga al autor por sus derechos.

Uno de los grandes problemas que hay es la imposibilidad, hasta ahora, de saber con certeza cuantos libros se han vendido y, fundamentalmente, cuantos se han editado. Porque es sabido entre los escritores que cuando una editorial se encuentra con un libro que promete la venta fácil se hacen figurar en el colofón los consabidos 3000 o 2000 ejemplares y, al margen, se editan 4000, 5000 o más ejemplares de primera edición, libros que jamás le son abonados al escritor porque se editan "en negro".

Se hace difícil ser escritor en la Argentina con todos estos problemas. Se hace difícil cuando uno viaja a Buenos Aires a la Feria Internacional del Libro y observa el Stand de las provincias y se encuentra con que cada provincia está representada por una biblioteca de un metro por un metro en donde amarillan bajo el polvo algunos libros viejos. Se hace difícil ser escritor en la Argentina cuando el escritor es una "cosa" que sirve para rellenar actos culturales y cuando no se tiene el concepto ético del escritor como profesional.

Se hace difícil ser escritor en la Argentina cuando los políticos de la cultura hacen política, no cultura y cuando los escritores trabajan sin las condiciones de respaldo y apoyo necesarias. Se hace difícil ser escritor en la Argentina cuando generalmente los cargos de política cultural son entregados a dedo a personas incapaces que ni siquiera se informan con los suplementos culturales de los diarios. Se hace difícil ser escritor en la Argentina cuando no se concibe que un escritor trabaje en su profesión. Hablar de "política cultural" en un país con tales características es caer irremediablemente en una inmaral hipocresía.

En la Argentina se sufre de una disociación histórica: por un lado los políticos, por el otro los artistas. Por un lado los políticos de la cultura, por el otro lado los escritores. Por un lado los políticos que teorizan sobre cómo deberían ser las cosas, por el otro los escritores que las hacen sobre el papel diariamente. Los unos hablan de los cómo, los otros escriben los cómo. Hasta que no se establezca una ética cultural por sobre la política cultural estos problemas seguirán existiendo. A nosotros aún nos queda la esperanza.

Carlos O. Antognazzi

Santo Tomé, Santa Fe

(Artículo leído en el acto de conmemoración del día del escritor en Santo Tomé, el 17 de junio de 1988, en oportunidad de que le fuera entregado el "Premio Municipalidad de Santo Tomé a la trayectoria").



La región más honda de la poesía

Sonetos de Renato Mancuso y Julio Federik

La cruz

Bajo la estrecha sombra de un espino
que trasunta un cansancio polvoriento
alza la cruz un solo pensamiento,
alza la soledad en el camino

¿Vela tal vez anónimo destino,
el sueño de alguien que cayó irredento
y se ha quedado allí sin voz ni aliento
como una copa que volcó su vino?

El viento en el paisaje desvanece
desgarradas memorias y parece
una edad que del tiempo la destierra.

La tarde es una gota. Y a los lejos
va quemando los últimos espejos
Vela la cruz el sueño de la tierra.

Mediodía en el canto

Canto del grillo que en la sombra canta
y cantando madura la gramilla
y canto de la luz que el oro trilla
en el trigo que al cielo se levanta.

Canto del agua, canto sin garganta
que va buscando la infinita orilla
y canto de la fruta que amarilla
en agua inmemorial se vuelve santa.

Canto del viento padre en la llanura
y rugido del canto en la espesura
mientras se azula el corazón abierto.

Canto que del olvido me destierra.
Y canto y sólo canto que en la tierra
me deje vivo cuando esté ya muerto.

Campesina

Para gritarle al tiempo este desvelo
en cada hueso me clavé una espina.
Y así te llevo, patria campesina,
desatada en la punta de un pañuelo.

Quiero agitar su nombre hasta que el cielo
oiga tu voz de necesaria harina
para que donde el sol la frente empina
ande la vida sin bozal y en pelo.

Ande pulsando el rumbo que te lleve
en un galope luminoso y leve
al límite final de tu frontera.

Allí estaremos, Patria. Tu destino
vale enastarse el alma en el camino
y jugarse la vida en tu bandera.

Renato Mancuso

Corrientes

En cada corazón late callado

A Julio Martín Herrera

En cada corazón late callado
el pulso de un fervor que está dormido;
no está perdido no, no está perdido,
está latiendo aunque parezca ahogado.

Este fervor no puede estar postrado
porque sostiene un sueño colectivo;
este fervor no quiere estar vencido,
aunque lo olvide el pecho enajenado.



Que nos crezca su son, que su latido
levante el corazón y el buen sentido
le devuelva visión a la mirada.

Que nos crezca la fe, que se despierte,
porque se destruya el riesgo de su muerte
porque sin Patria no seremos nada.

Julio Federik

(Paraná)

El insomnio

Por enésima vez encendió la luz. Encendió el undécimo cigarrillo; se frotó los ojos y se preguntó si de verdad esa noche —eran ya las cuatro de la mañana— su memoria insistiría en asfixiarle las entrañas con el regreso de otra noche, diez días atrás.

Me pregunto: ¿Por qué la memoria registra más fácilmente el dolor que la alegría? Tal vez, seamos más vulnerables para la felicidad y menos débiles en la desdicha. Erik no soporta la tensión. Se levanta y hace treinta flexiones de brazos en el suelo. Sin detenerse. Cree que el agotamiento físico le dará una respuesta.

Su cuarto —cuatro paredes sobre cuatro estanterías de libros y cuadros—, sencillo, con un cansado escritorio y una austera cama, perduraba el monótono silencio. Sus músculos eran casi una plegaria al olvido. Pero las imágenes volvían —su memoria no estaba en el cuerpo—, el parque, el reloj de la catedral, la cara angustiosamente desfigurada de Flavia, gente que mecánicamente reiteraba los mismos gestos o parecía desplazándose por los mismos sitios, hacia un mismo tiempo. El tedio.

Ahora piensa, en voz alta: ¿Por qué? Acaso yo también sea una sombra, algún destello, el fulgor de una vela al sol. Necesito a Flavia. Quiero su sonrisa plena, su aparen-

te satisfacción mundana. Quiero herir su tranquilidad, su paz, su equilibrio. Como si quisiera destruir el amor —o caso, su antónimo: la seguridad— o la bondad suprema (Flavia, en este caso) para volver una y otra vez, interminablemente, a construir un modelo, nuevo. ¿De qué? ¿No puedo más! —se dice—.

No advertía el arriesgado laberinto en que se envolvía. Racionalizar en el amor —esa suma de intuiciones donde se nos da ver la felicidad sin forzarla a que salga a la superficie: espontáneamente— puede ser peligroso.

Flavia: Tengo sueño. Miedo, si Erik, de no ser algo más que una infinita sucesión de sueños: los tuyos.

Erik: Lo dudo. Creo que siempre sos vos misma. Inexorablemente es lo que me atrae.

Erik casi podía volver a oír ese fragmento de conversación como si no lo estuviera recordando. El tono, la tersura de la voz de Flavia, su aliento agitado, el vibrante e intenso nudo en el estómago de los dos. Palabras que se articulaban dentro de Erik mismo. Una y otra vez el diálogo volvía. Pe-

ro: ¿era el mismo? (Eran las cuatro de la mañana y no podía dormir). Pensó en los interminables rostros por los que desfilaba la caravana de la vida. Mujeres. Ese nexo con la tierra que quizá nunca podría asimilar. Imaginó que esa era la razón por la que permanecía con Flavia —su negada soledad— y (¿por qué no?) la razón de la existencia de Flavia. Mujeres.

Apagó la luz. Es curioso, la oscuridad torna más claro el insomnio. Más lúcido —pensó— Tanto que puede advertir que no es insomnio. El miedo a perderla lo colmó de pronto. Inflexible, dolientemente, pautado por su corazón que resonaba en el cuarto muerto. Hasta su sangre se resistía. El parque. Tres chicos riendo a la luna. Las manos de Flavia. La gente. Ese banco en el que se sientan, blanquísimo. Los sueños y los desencuentros. El reloj de la catedral. Flavia, dudando de su felicidad.

Supo que su vida era y sería —como aquel banco, esa gente, el reloj— así: estática. Pendular probablemente, pero previsible.

El amor y yo —susurró Erik satisfecho— y se durmió.

Marcelo Leites

Concordia